

En la huella del Cacaruca.

Era de amanecida, el sol aún no se dejaba ver detrás de los peñones que conforman los picos mas altos del cordón montañoso. En los corrales ya se sentían los ajetreos preparatorios, la noche anterior se habían arreado las bestias que nos servirían de transporte esa mañana para la travesía hacia Ocoa. La tropilla estaba conformada por unos veinticinco caballares y unas cinco mulas que servirían para trasladar las vituallas y comistrajos de la ocasión.

El cara de gallo comenzaba a sacar sus primeros rayos, que se agradecían a esa hora de la mañana. Los peones ágiles como gatos, acarreaban los aperos desde las caballerizas para ensillar las bestias y con gran destreza iban alineando la caballería debajo de unos acacios amarrando a los animales ordenadamente a una vara de eucaliptus. Esa noche no había pegado un ojo pensando en la levantada temprano que me esperaba.

A las cinco de la mañana mi abuela entró a la pieza con la palmatoria en la mano, Pablito ya es la hora me dijo con su delicadeza habitual, cuidando que su regalón no fuera a sobresaltarse. Yo había dormido medio vestido y en un santiamén estaba listo con las botas puestas. Unas botas de cuero café, como de Boy Scout, que me quitaban el sueño y que mi tía Lucy había decidido dar de baja para tan magna ocasión, sabiendo de mi locura por calzarlas.

A tomarse el desayuno mijito que le espera un día largo, me dijo indicándome la mesa, dónde humeaba el café con leche recién ordeñada al pie de la vaca, en un tazón de loza blanca con filetes dorados, de esos dónde se podía apreciar inscrita la palabra "felicidad". La panera de mimbre rebosaba de pan amasado calientito, para completarse con huevos revueltos y palta molida. Todo esto estaba geométricamente dispuesto sobre un mantel de género color azul paquete de vela con una cuadrícula a base de líneas de azul más oscuro y blancas que se entrecruzaban. Era el de todos los santos días en la mesa de la "Manina" como le decíamos los nietos a la abuela, siempre me intrigó como diantre podía lucir ese mantel así de impecable como recién planchado.

No alcancé a bajar el nivel del tazón ni hasta la mitad, cuando ya me estaba secando el bigote de leche sobre mis labios, con la ansiedad de salir cascando pa los corrales. No podía tragar ni un mísero trozo de ese pan que me devoraba todas las mañanas de mis vacaciones de verano. Pero como no va a comer nada me increpó la Manina, que rápidamente comprendió mi urgimiento y como siempre con su silencio cómplice accedió a que me las emplumara. Al abrir, la pesada puerta de roble se me abalanzó el "Chiripa," era el perro regalón de la casa, un quiltro con bastantes aires de pastor belga, que ni por nada pensaba quedarse ese día en la casa, sin conocer al "Cacaruca". Para cuidar la casa se quedaba "El Vostok", otro quiltro, este sin la más mínima posibilidad de encontrársele algún antepasado de raza conocida, a pesar de que había llegado a la casa antecedido del pedigree de ser un fino cachorro Dálmata. Era chico de pata corta, pelo grueso y amarillo; tenía un hocico puntiagudo con su nariz negra y toda su anatomía remataba en su extremo posterior en una gruesa y verdadera cola de chancho.

Habíamos escuchado en muchas tertulias al anochecer cuando la Manina sacaba detrás del bar confeccionado por mi viejo, cosa curiosa, con madera de cactus unos brebajes que les hacía a los mayores rechupetearse los bigotes, miles de

historias acerca del Cacaruca o la piedra del diablo como le decían los más timoratos. La más difundida entre los baqueanos de la zona cuenta que una noche junto al sendero un grupo de mineros jugaba a la brisca, cuando se les apareció “Don Sata”, queriendo participar del juego. Los mineros habrían accedido a regañadientes a la petición, forzados por la investidura del personaje en cuestión. El asunto es que Don Sata al perder la mano habría montado en tal cólera, que transformándose en un verdadero caldero de metal fundido al apoyarse en el paramento de la roca que los guarecía de la noche, habría quedado inmortalizado para siempre al estamparse su figura en la piedra incluyendo cachos, tridente y cola.

El Chiripa se me cruzaba entre las piernas haciéndome difícil el avanzar por el corredor debajo del parrón. Pasé de guata entre medio de las trancas que junto a una hilera de aromos, cerraban la entrada principal de la hijuela y apuré el tranco para llegar rápido a los corrales.

Los corrales en este valle estaban confeccionados a base de pircas, al igual que la media luna principal, lugar dónde nos dábamos un verdadero festín en los atardeceres de verano, a la “hora de la oración” como decía la Manina, disparándole a los ratones con un rifle del veintidós, que había comprado mi viejo en unos de sus embarques a Punta Arenas.

Habían llegado todos los convocados, y las bestias lucían sus mejores aperos, riendas y lazos, de cuero trenzado y monturas confeccionadas por “Don Nativo” un viejo pelado con unos pelos huachos como recién salido de una quimioterapia y enrojado por el tinto. Este, vivía al otro lado del estero, subiendo a un alto junto a unos peumos que miraba al norte del valle de Las Palmas. Los encargos que le hacía su fiel clientela, podían durar años, pues “Don Nativo” cuando se ponía a tomar lo hacía en serio y con devoción, manejaba sus herramientas de corte con la precisión de un cirujano, por lo cual también era temido, pues a veces según el “Galino” se le había visto relucir debajo de la faja un corvo con cache de hueso. Contaba la mujer de Leandro, la señora Luzmira que “Don Nati” murió tomando. Con su desaparición se extinguió el oficio de talabartero en el valle.

Eran las seis de la mañana y todo estaba listo para partir, afortunadamente para mi todo había salido a pedir de boca pues se habían conseguido más caballos y así yo podría montar a “Campeón” un caballo bayo “jodíazo” como decía la señora Inocencia, pues tenía la maldita maña de tirar un tarascón cuando uno metía la pata en el estribo para montarlo. A pesar de su genio, me seducía poder montarlo pues yo iba a estrenar mis botas, y me tenía guardada una cartita bajo la manga para “el mañoso”, dado que por vez primera me pondría unos espuelines que me había regalado el “Tata”, para San Pablo. Ahora te quiero ver caballo jodíazo, pensaba para mis adentros. Efectivamente, otra cosa es con espuelas; una vez arriba del bayo bastaba con apretar levemente los talones y este andaba derecho.

La Tropilla de jinetes y mulas comenzó a subir por el camino principal, la mañana empezaba a despuntar y del cerro bajaba un suave aroma a maitenes y boldos, levantando la vista uno veía encandilado el perfil de los robledales por donde tendríamos que cruzar para caer al otro valle.

Al poco andar pasamos frente a la propiedad de “Pepe Colonia” o “Pepe Frutilla” como lo apodaban los lugareños, un alemán avecindado en este recóndito rincón

del planeta, que había transformado una estrecha quebrada, en un verdadero vergel. El gringo de rostro colorado, probablemente de ahí su segundo apodo, debe haber sido de los primeros en plantar paltos en el país, estos crecían frondosos y rozagantes entre los claros que se habían logrado despejar entre las piedras.

Yo era a la fecha, en 1965 un pendejo que apenas me empinaba por sobre los once años. A mi lado cabalgaban: Carlucho, El Vencho, El huaso Maturana, Honorio, Pedrito Ahumada, Don Lucho Ahumada, al cual todos le envidiaban su enorme caballo blanco, don Tiburcio Pereira, Don Modesto Hidalgo, Don Pedro Rocco, el Tulula, El Chino y otros no tan famosos. Nos dirigíamos valle arriba hacia la casa de Don Manuel Noguera, donde se nos unirían otros jinetes al grupo. A la media hora exacta de camino, llegamos donde Don Manuel. Su casa quedaba emplazada paralela al camino. Tenía una cerca compuesta de alambres de púas en los cuales se habían entrelazado varias hileras de coligües conformando un tejido vegetal liviano y transparente. La casa era de un piso, sus muros de enquinchado, con rama de culén y la techumbre la cubría un manto tejido de teatina como los techos que había visto en Cuncumén y en el norte chico. Un grupo de higueras al lado de un parrón otorgaba la sombra necesaria para protegerse del sol, que implacable, nos dictaminaba que el día iba a estar "pa recagarse" de calor.

Don Manuel se nos unió a la comitiva junto a dos de sus hijos y dos de sus hijas, Zoila y Diamantina. Una de ellas Diamantina era una morena preciosa, con un aire polinésico, como sacada de un cuadro de Gaugin. Su pelo era negro y grueso como crin de caballo, sus ojos negros profundos y brillantes como dos gordas aceitunas de Azapa. Vestía una especie de túnica blanca como, confeccionada de un saco harinero, con unos vivos azules en el escote que le cubría hasta la pantorrilla, calzaba unos zapatones negros con unos zoquetes blancos que apenas le cubrían el tobillo.

Se reinició la marcha. Los Noguera habían aportado a la tropa un burro cargado hasta la tusa, cuya carga develaba de que sin duda alguna íbamos bien preparados. Cuán grande sería mi sorpresa cuando me percaté de que la niña que debe haber sido un pelín mayor que yo comenzó a caminar al lado de las bestias. No sólo yo me había percatado de la situación, sino que el Tata puso el grito en el cielo, que cómo la niña Diamantina se iba a ir de a pie. Don Manuel argumentaba que no había monta pa' los guainas y las mocosas, que agradecieran que los había dejado venir y que por lo demás estaban acostumbradas a salir al cerro a arrear el ganado cuando escaseaba el pasto en el verano. Mi abuelo frunció el ceño, mal presagio pensé, conociendo la personalidad de mi abuelo. El Tata paró la tropa en seco y gruñendo como buen maño tozudo le ordenó al Carlucho que me terciaran la niña al anca. Así fue como en un santiamén tenía a la "Noguerita" cruzándome sus tibios brazos por la cintura. No faltó la talla; de atrás se escuchó "meii este si que es huaso bien aperado con su china al anca!" Lo de bien aperado me halagaba, pues yo no había dejado mi pinta al azar; llevaba puestos unos blue jeans "Rumel" color negro, lo único que se conseguía por aquellos años, un chamanto de hilo a franjas negras rojas y verdes y un cinturón forrado en terciopelo negro bordado con unos copihues, unos caballos y un escudo patrio, del cual colgaba una falsa faja color rojo bermellón. Todo esto había sido regalo de

mis viejos que lo habían adquirido en la Talabartería y suelería “El Cóndor”, ubicada en la Avenida Argentina en Valparaíso, donde yo había visto una vez expuesta una montura mexicana, que yo imaginaba era del mismísimo Red Ryder, mi historieta de cowboys favorita.

“On Luchito”, exclamó Don Manuel, podemos elegir dos caminos por El Maray o por la mina abandonada. La aguada de la mina está seca replicó el huaso Maturana, la semana pasada tuve que rastrear a un toro mañero de “On Tibu” y pasé por la mina. Yo creo que como vienen bufando las bestias, no queda otra que cortar para el Maray; allí hay agua en abundancia para saciar la sed. Los animales parecían locomotoras a vapor piteando su entrada a la estación, a esa hora del día marchábamos con el sol de frente, subiendo un empinado sendero que serpenteaba la ladera.

No faltó la mula que se empacó en plena subida, chantándose como encementada al piso. Honorio era un experto en tirarlas de la cola para volverlas a poner en movimiento, a riesgo de comerse una patada en pleno hocico, cuestión que afortunadamente no ocurrió. Yo había visto llegar a la casa a huasos pidiendo ayuda con la cabeza o con la canilla partida producto de alguna patada propinada por las bestias, estas se producían ocasionalmente cuando se efectuaba alguna trilla a yeguas. La Manina se había forjado alguna fama por su capacidad para curar de un cuanto hay, ella manejaba una provisión permanente de muestras médicas que le traía su hijo Chito médico cirujano, que sumadas a su ancestral conocimiento de las hierbas provocaban curas casi milagrosas. Yo había sido testigo, de cómo mi abuela en una ocasión suturó un corte de cuatro pulgadas a Carlitos Aros cuándo se le había pasado el hacha cortando una leña de espino, o curar a Pedrito Ahumada cuándo cosiendo un saco papero se ensartó la aguja en pleno ojo, de ahí para adelante quedo güero para siempre. La gente le tenía fe y la buscaba para sanarse.

Empezábamos a cabalgar paralelos a la cota del cerro pasando por debajo de los primeros robles que comenzaban a aparecer, costaba mantener el sombrero en posición, por que muchas ramas te pegaban como latigazo en la cabeza. La negra Noguera, seguía casi acurrucada en mi espalda, lo que me había hecho sudar como fogonero, traía la raja completamente mojada.

“Quea pocu pal Maray comentó Don Manuel, pasando aquel morillo cortando pa la erecha ya támo a lotro lao.”

Arribamos a la bendita aguada a las 8.30 de la mañana, el agua brotaba debajo de unas lajas, conformándose una poza de no mas de unos dos metros de diámetro, con un fondo arenoso que brillaba con partículas diminutas que parecían de oro. Cuando llegamos, notamos de inmediato, que no estábamos solos. Un choquero hervía con el agua a borbotones sobre unas brasas candentes y un caballo alazán descansaba con la montura puesta pero con la cincha suelta debajo de un canelo. De pronto se movieron las ramas y detrás de unos boldos apareció la figura de un huaso bien hecho, fornido, de tez morena, vestido de riguroso negro de pies a cabeza. Que tal amigo Becerra exclamó Don Manuel, ¿Le estaba cambiando el agua al florero? La verdad, Don Manolito, es que estaba echando la larga, pa´ seguir mas livianito el viaje. “Pa´ onde va el amigazo”, replicó Don Manuel. Me mandaron una razón del fundo Lo Campo de Llay Llay pa´ que vaya a montar unos potros diablos. El huaso Becerra era conocido en toda la comarca

mucho más allá de Las Palmas, como el mejor amansador de las últimas décadas. Una tarde en la medialuna, yo lo había visto encaramarse arriba de un potro negro como un tordo y después lo habían salido a correr camino abajo hasta la Quebrada. El huaso Becerra era una lapa arriba del animal, en esa ocasión lo había acompañado en la corrida "El Pan Duro", un hierbatero que de vez en cuando pituteaba en las domaduras y que era característico porque contra toda tradición usaba un sombrero de ala corta, tipo tirolés.

Se han dado cuenta que anduvo el león, comentó con voz serena Becerra, mire no más don Manuel, aquí mismito están las huellas fresquesitas. Efectivamente en la zona mas blanda de la orilla de la poza se podían apreciar las pisadas de un animal mas grande que un perro, pero jamás hubiera sospechado que se trataran de un puma. Todavía debe haber olor al gatito por que las bestias están muy intranquilas, acotó Carlucho. Al parecer el comentario de Becerra tenía sentido pues el Chiripa, encabezaba el verdadero muestrario de quiltros que husmeaban desesperados debajo de los matorrales, con la nariz pegada al suelo y la cola en erección. Nunca había estado en mis libros que hubiese pumas en estas serranías de la cordillera de la costa.

Nosotros, habíamos desmontado y amarrado los caballos debajo de unos canelos, soltándoles la cincha pero dejándoles la montura puesta, para que las bestias no se fueran a enfriar de golpe.

Rápidamente los peones atizaron el fuego para desayunar. Sendos choqueros fueron apareciendo de las alforjas junto a tortillas, charqui de caballo, queso fresco y unos encebollados mas fuertes que el carajo.

Yo me encontraba al borde de la poza dándole de beber al Campeón, que dicho sea de paso, harto bien se había portado el jodiaz, cuando veo que se aproxima Diamantina, con la cual no había cruzado ni media palabra en todo el trayecto. Se encluquilla y hace, juntando sus manos, una especie de tacita para recoger un poco de agua para mojar su cara. El borde del escote se plegó formando una especie de quilla y ahí frente a mis incrédulos ojos se dejaban ver sus tetitas cobrizas con sus puntitas color maqui maduro. Un cosquilleo me recorrió el bajo vientre, no sabía que me pasaba, primera vez que experimentaba esa sensación, no pude probar bocado mientras los demás engullían trozos de tortilla y huevos duros entre otras exquisiteces.

Cuando Don Manuel con tono enérgico y seguro señaló: continúa el viaje que queda mucho. Yo, después de apretar la cincha del bayo a más no poder, porque se venía una larga bajada, al momento de levantar la pierna para apuntarle al estribo me doy cuenta de la real consecuencia de "la aparición" que había tenido en la poza; tenía la diuca como cincel y mi Rumel aparecía encarpado como circo. No hallaba dónde meterme de vergüenza pensando que de seguro todo el mundo se había dado cuenta de mi intensa situación.

Comenzamos a bajar serpenteando la falda del cerro en dirección este, la vegetación había cambiado abruptamente, los robledales habían quedado atrás y aparecían arbustos más achaparrados junto a cardos y chaguales, el terreno era más arenoso, y las mulas balanceaban su carga como timbales sobre sus lomos.

Eran como las once cuando se escuchó por vez primera, ¡allá está el Cacaruca! y Carlucho me indicaba un roca unos quinientos metros mas abajo; yo no lograba distinguir absolutamente nada. A medida que fuimos bajando la roca aumentaba

de tamaño pero aún no lograba distinguir nada. De pronto, enfrentamos una quebradilla muy escarpada, por su fondo corría un hilo de agua y en sus bordes crecían nalcas, no como las que había visto en el sur, eran más pequeñas pero Carlucho me lo confirmaba diciendo estas se comen Pablito, ¿Quiere probar? y sin esperar mi respuesta ya se había bajado del caballo, para cortar un tallo, pelarlo y ofrecérmelo. No pude negarme ante tanta atención y me llevé a la boca ese trozo verde, mezcla de apio con penca. Nunca en mi aún corta existencia había probado algo tan astringente y amargo, sentí que toda el agua que podía contener mi cuerpo se la tragaba ese trozo de vegetal; era como que el calzoncillo se me hubiera incrustado en el culo.

Ahí en frente de nosotros aparecía en la ladera al otro lado de la quebrada una roca de granito gris oscuro, con la figura de Don Sata, Cacaruca, en persona. El lugar era de difícilísimo acceso, por lo empinado de la ladera, se trataba de una figura a tamaño natural donde se podía apreciar claramente una forma humana con cuernos en la cabeza, un brazo en jarra y el otro sosteniendo un tridente, era de color más claro que el resto de la roca y de un tono rosa pálido. El dibujo era en estilo infantil, ingenuo, por lo que seguramente no logró ocasionarme un ápice de miedo. Se contaba que en más de una ocasión algún huaso incrédulo y botado a pucho, se había trasladado hasta el lugar premunido de escobillas de acero y soda cáustica para intentar la tarea de borrar la imagen, sin haber nunca jamás nadie haber salido exitoso de tal misión. Decían que el guatón Pozo un malandrín de baja estofa, perteneciente a la banda de forajidos que encabezaba el cuadrero Mauricio Zorricueta lo había intentado en tres ocasiones sin lograrlo.

Mi tío Chito, el médico cirujano, desenfundó una joyita de la época, se trataba de una cámara fotográfica Rolleiflex, de paquete, premunido de tal preciso instrumento se aprestaba a inmortalizar al Cacaruca, cuando Don Manuel le anunció : va a perder su tiempo doctorcito, el Cacaruca no se deja fotografiar! Yo no creo en boludeces replicó el galeno santiaguino y enfocó una y otra vez, haciendo contorsiones con el cuello y arriscando el cachete, para acomodar el artefacto, todo esto sin bajarse del caballo, una y otra vez se sucedieron los consabidos clicks de esa maravilla de la tecnología alemana como si se descargase una metralleta.

El arito en el camino había durado como 45 minutos y todavía quedaba un resto para llegar a nuestro objetivo final, “Los Palmares de Ocoa”, el Chiripa se despidió a su modo del Cacaruca dando un rodeo a la piedra y pegándole un buena meada en plena tibia a Don Sata.

Comenzamos a bajar un desfiladero en dirección norte, por un sendero muy estrecho, a nuestro costado izquierdo se nos presenta un despeñadero de una decena de metros cuesta abajo, donde cuentan los arrieros, varios encontraron la muerte en alguna noche atormentada de julio.

Soplaba una suave brisa y se escuchaban los primeros tintineos de las hojas de las palmas chilenas, a medida que descendíamos el paisaje se tupía de más y más palmas, unos quinientos metros más adelante estábamos de frentón metidos en un bosque de jubaeas chilensis, jamás en mi vida había visto tantas juntas.

De vez en cuando se podía ver una que otra, tumbadas en el terreno, como un animal prehistórico herido, habían sido cortadas en la base de su tallo, para cosechar su fino elixir, para posteriormente producir esa deliciosa miel de palma,

esa con que cuantas veces La Manina mejoró el postre, chorreándosela a un plátano. La palmera es familiar de las gramíneas, es decir es una hierba, un pasto pero muchísimo mas grande, esta precisión científica se la había escuchado en una ocasión a Don Parmenio Yáñez una eminencia de la biología, jefe de mi mamá en la universidad, por cierto esa afirmación no se me borró más de la mente.

Una vez que se abrió la garganta en un estrecho valle, vimos ante nosotros un espectáculo único, digno de alguna película de aventuras en el trópico, una aldea completa de chozas construidas íntegramente con hojas de palmeras, dispuestas como en semicírculo se presentaba ante nosotros.

Un personaje que hacía las veces de jefe se acercó a la comitiva y se dirigió cerca del caballo de Don Manuel, “Buenas tardes (ya eran la una y media) Don Manolito, bienvenido usted y su gente a Los Palmares de Ocoa, le saluda su humilde servidor Floridor Lucrecio Bastidas por el padre y Pastenes por la madre.” Era Don Manuel el que había hecho todos los contactos para organizar el viaje.

Floridor era un hombre de unos cincuenta años aproximadamente, no muy alto pero si muy fornido, su rostro con nariz aguileña, curtido por el castigo del sol lucía unos mostachos largos que dejaban entrever algunas canas, como de revolucionario mexicano. Estaba a cuero pelado y sobre sus pantalones tenía puesto una especie de delantal de saco harinero que remataba en una faja del mismo género, calzaba unas hojotas de esas hechas con neumático viejo y su cabeza la coronaba un pañuelo blanco amarrado con un solo nudo atrás. Todos los habitantes de ese mágico lugar lucían atuendos más o menos parecidos, solo había hombres, no se veían ni mujeres ni niños.

Prontamente se comenzó a desestibar la carga de las mulas y del burro de Los Noguera, que debe haber sido el más contento de haber llegado al fin. Se traían presentes para nuestros anfitriones, cuestión que yo ignoraba absolutamente, cartones de cigarrillos Monarch sin filtro, diarios y revistas entre ellas la deportiva Estadio, nada de trago por que allí imperaba ley seca.

Se habían dispuesto unos mesones largos en base de caballetes y tablones con unas bancas laterales, al lado crepitaba el fuego de espinos en las parrillas, que estaba preparado con antelación.

La Zoila ayudaba a pelar tomates y cebollas para la ensalada a la chilena, menos mal que no me pusieron a esa bovina al anca, meditaba yo, porque le encuentro una cara de oveja que no se la puede, si hasta tenía poto de oveja. El menú era simple pero contundente, consistía en asado de cabrito, ensalada a la chilena, de chagual y de papas, tortilla amasada y queso fresco.

Debemos haber sido unas cuarenta personas para el almuerzo, todo reflejaba el entorno en el que estábamos, el “Planeta Palmera”, las ensaladeras eran vainas de palma esas con forma de bote, los envases donde se almacenaba la miel, eran unas bolsas de cuero de cabrito hechas con el animal completo a excepción de la cabeza, parecían espectros de otra dimensión colgando dentro de una de las chozas que se usaba como bodega.

El trago estaba terminantemente prohibido, como en las minas, los palmeros usaban unos machetes como de esos para la cosecha de la caña de azúcar, afiladísimos como Gillete, fácil era imaginarse entonces las posibles consecuencias de una rosca con un poco de trago.

A pesar de todo el Tata no perdonaba almorzar sin vino, y sin saber cómo, empezaron a aparecer sendos botellones, era el vino que hacía él junto al Carlucho con la uva del parrón de la casa y la uva del país, esa que crecía en forma silvestre enredada en unos perales. Un tinto que por lo que yo escuchaba, a veces salía a pedir de boca y otras veces era un vinagrillo para aliñar la lechuga. Según mi viejo el problema estaba con los corchos, porque el tozudo de Don Lucho los reutilizaba y no compraba corchos nuevos. Como fuera la cosa, del supuesto vinagrillo no quedó ni el olor.

Eran como las tres de la tarde y nos habíamos soplado todo, el costillar de cabrito había quedado pa'rechupetearse los bigotes. Yo que, por mi incidente, no había probado bocado, dejé los huesos blancos de tanto chuparlos. Había comenzado la sobremesa, y salieron a relucir unas vihuelas de esas con cuerdas metálicas, mi viejo no se hizo de rogar para tomar una de ellas y empezó el canturreo mi alma.

El ambiente empezó a agarrar vuelo y don Floridor le pidió un pie de cueca a mi tía Lucy, la que percatándose de que el Tata estaba enfrascado en una discusión con un palmero por el mal desempeño de la Unión Española en la liga local, accedió como si lo hubiera estado esperando hace rato y saltó diciendo " En la cancha se ven los gallos".

La chica parecía una ardilla clavando sus diminutos pies en el maicillo compactado. Putas que bailaba bien la cueca mi tía al son de una letra que decía: "Allá va, allá va, que viva Don Luis Lafuente, el jutre que hizo apretar cueva a los quebraínos pa' la loma de enfrente."

Mi abuelo había adquirido notoriedad como hueso duro de roer en unas disputas por derechos de aguas en esos años muy secos, con la gente de Quebrada Alvarado, la que subía en camionetas armada hasta los dientes a romper la bocatoma en el estero, un poco mas arriba de dónde vivía Don Nativo. Lo que nadie imaginaba es que la gente del lugar le hubiese dedicado canciones y payas contando las mochas por el agua. El Tata nunca se enteró de nada, relatando a su interlocutor colocolino, rojo, sulfuroso a punto de estallar, los goles de Honorino Landa, el máximo artillero de La Unión.

Afortunadamente, a pesar del tintolio que se había llevado a la maleta, las discusiones no habían pasado a mayores y el Tata había logrado calmarse convenciendo al colocolino de que Honorino era por entonces el mejor delantero de Chile.

Yo no me había perdido de nada metido entre los grandes, a pesar de que todos insistían en que fuera a jugar a las escondidas con La Noguerita. ¡Cabro lesó! me dijo más de algún huaso; con los años comprendería el alcance de esas palabras.

Eran ya las seis de la tarde y a Don Manuel se le veía nervioso, "Es que vamos a llegar de vuelta a la hora de la corneta, y no es ninguna gracia bajar el cerro a oscuras", le comentó a Carlucho, es que no la cortan nunca los jutres, vaya usted a decirle a Don Luchito, que tenemos que partir. Carlucho dócil para los mandados, se acercó al Tata y le sopló al oído el mensaje.

A ver, a ver, dijo con vehemencia el Tata con su delicadeza habitual, en media hora quiero a todos los badulaques listos para partir y no es chiste!

Efectivamente sus palabras eran órdenes para la gente, a las seis y media en punto, estaba metiendo la pata en el estribo del bayo para iniciar el regreso. Esta vez el maricón arremetió con fuerza para pegarme un tarascón, por cueva no me

caga la canilla, las botas quedaron marcaditas, estas me habían evitado quizás que consecuencia. Arriba del caballo agarré el rebenque y le di con todo lo que tenía por lado y lado y le clavé los espuelines haciéndole colorear el pellejo, putas que estaba picado.

Comenzó la vuelta y Don Manuel tenía razón, la cosa se veía fea pues empezaba a irse el sol y no estábamos ni remotamente cerca de la mitad del camino a recorrer, los jinetes venían averiados por la fiesta y no se veían tan pulcros y erectos como en la mañana.

Al fin llegamos a la cresta del cordón, pero ya estaba mas oscuro que la ñoña, vamos a tener que acortar camino dijo Don Manuel, por la bajada del Llano, sino llegamos mañana. Usted es el que sabe replicó el Tata, que se haga y no se piense, lo que nadie sabía era el forrito en que nos íbamos a meter.

Empezamos a descender por un sendero empinadísimo, el suelo era puro maicillo suelto y las bestias se resbalaban sentadas de culo cuesta abajo, como esquiando en la nieve. La rienda corta compañero me aconsejó el huaso Maturana. En cada tropezón del bayo sentía un apretoncito de la negra que llevaba al anca. Algunos más excedidos en kilos, como mi tío Chito, venían realmente complicados, ya se veían rodando cuesta abajo como aluvión sin poder parar hasta Quebrada Alvarado. Marchábamos todos en fila india, y mi viejo a quien le había tocado un caballo enano como esos de los mongoles, por el cual lo habían palanqueado todo el viaje, de repente se quedaba atascado con los estribos en los bordes del sendero, que se hundía en el cerro.

Llegando al Llano nos dividimos, acotó Don Manuel, ustedes siguen pa' abajo y yo con los míos tendré que subir un poco de vuelta, porque esta huella sale más o menos a la casa de Peirito Ahumada.

El descenso había terminado y habíamos salido ilesos de tan arriesgada maniobra, caímos al Llano, una planicie perfecta como mesa de billar, justo detrás de la Olla y del Morro, donde comenzaba la propiedad de mi abuelo. A la media hora de camino alcanzamos las trancas que indicaban la entrada a la propiedad de Pedrito Ahumada. Aquí se desembarcaba mi compañera de periplo, la Noguerrita, a quien nunca mas volvería a ver en toda mi vida.

Al salir al camino principal a la altura del refugio, donde quedaba el almacén de Arnoldo, las bestias iban recontra inquietas, presentían la cercanía de la casa y con la rienda a concho para atrás no era suficiente para contener al Campeón que lo único que buscaba era ponerse a galopar. A la altura de Don Nativo, ya no fui culo de sujetarlo y el caballo desgraciado se puso a galopar calle abajo a más no poder, iba completamente desbocado, yo me afirmaba como podía y en un acto desesperado me abracé del cuello del animal.

Como por arte de magia en medio de la oscuridad de esa noche veo, una silueta parada en la mitad del camino que batía sus brazos como si dirigiese el tránsito; esto ocurría a la altura de la escuela construida recientemente por el gobierno de Frei Montalva. Shtooo, shtoo, exclamaba y cogió al animal de las riendas que yo ya había soltado. Era Damasito, un trabajador del Tata medio retardado mental, que pedía permiso para pasar a las colmenas, porque le gustaba que las abejas le picaran la espalda, pues según él hacía bien para el reumatismo. Damasito me había salvado de quizás que porrazo, me había salvado la vida, tenía razón la señora Inocencia, putas que era jodiazo el animal.

Eran un cuarto para las doce de la noche cuando desmonté junto a los aromos de la entrada, venía cansado como perro, sentía el caballo en todo el cuerpo, traía el culo cocido como guagua.

Ahí nos esperaba La Manina que se había rezado no se cuántos rosarios la pobre, junto a la nana Olga, la fiel nana familiar, negra ,bajita, redondita con unos ojos negros tristonos, casi eternamente humedecidos.

Mi mamá estaba sentada en el corredor de la casa, esa casa simple, pintada a la cal con pencas de tunas, en extremo austera, de murallas de adobe sentado, a la cual recorría un parrón a todo el largo de la fachada principal que daba al norte. La noche estaba tibia y se había quedado a corregir unas pruebas de genética. Pero cómo mijita todavía estás en esto, le dijo mi papá, yo no se cómo estos niños no aprenden nada, que irá a pensar don Parmenio, contestó ella.

“ Lo estoy esperando con un baño, a mi niño” me dijo. No me dejó muchas opciones la nana Olga, y haciéndome pasar a la pieza de los Tatas no supe como ella me había empelotado y me tenia parado en una palangana enlozada color celeste con bordes azules y me chorreaba aguita caliente con un jarro que hacía juego con el receptáculo, y me jabonaba pasándome una tremenda esponja por la espalda, bajo la luz de una fétida lámpara a carburo.

Cuando por fin logré meterme entre las sábanas de crea, sentí que me miraban, mi primo Willy, y primas Caro y Pía y mis hermanas Lorena y Mono. Estaban con las sábanas hasta la nariz y no habían pegado un ojo; parecían noctilucas marinas destellantes apuntándome con sus miradas, sin pronunciar tan solo una palabra supe de inmediato la pregunta, querían saber si El Papo, como me decían, le había visto la cara al diablo.

Una semana después, al fin de semana siguiente, sentimos como de costumbre el ronronear del motor del Volvo B18, “ La Blanquita”, de mi tío Chito en la entrada. Él viajaba en verano los sábados al campo a vernos, ya que trabajaba en la posta del hospital El Salvador en Santiago.

Se bajó del auto lleno de paquetes, como siempre, con la clásica bandeja de empanadas de horno. Nosotros estábamos todos debajo del parrón donde se hacían los almuerzos familiares, junto a mi viejo que nos inventaba un juego. “Compadre Pelao exclamó, a que no sabe lo que me pasó, no salió ni una sola foto, se atascó el rollo, no corrió bien, no sé que cosa, la cuestión es que se velaron todas”.

Pablo, en la memoria de mis abuelos.